



▽△

Ciencia y literatura. El principio de la novela

Jorge Volpi¹

1

Se supone que en esta mesa redonda yo debería hablar sobre las relaciones entre ciencia y literatura. Como además soy autor de una novela entre cuyos temas centrales se encuentra un momento preciso de la historia de la física, esta decisión podría parecer incluso natural. No obstante, prefiero realizar un balance más amplio del arte de la novela y de su función a principios del tercer milenio, aunque no por ello deje de considerar a la ciencia y a la literatura -y, en todo caso, a eso que aquí se llama «discurso narrativo»- como una especie de telón de fondo de estas reflexiones.

2

Si realizáramos un somero balance, al menos en los dos temas que nos ocupan, habría que convenir en que, después de intensas y largas polémicas, obstáculos entre los que se cuentan dos guerras mundiales y algunas devastadoras experiencias totalitarias, un sinfín de desacuerdos y un no menos tiránico mercado mundial, el siglo XX ha ~~-22-~~ quedado señalado, al menos en los terrenos que nos ocupan, como uno de los períodos de más fecundo desarrollo científico y literario de la historia. A la primera mitad del siglo recién concluido le debemos la teoría de la relatividad y la física cuántica, por nombrar sólo dos de sus aventuras culminantes, y, por el lado de la narrativa -o de lo que prefiero llamar, con Kundera, el *arte de la novela*-, las obras de Proust, Kafka, Joyce y Mann...

Mientras el conocimiento científico alcanzaba sus mayores logros -la humanidad nunca conoció tanto sobre sí misma y sobre el universo que la rodea-, y al tiempo en que descubría sus límites con las paradojas dentro de la teoría cuántica o la incompletitud de las matemáticas anunciada por Gödel, por citar sólo dos ejemplos, los

novelistas acometían una tarea paralela, explorando hasta sus mínimos detalles las relaciones entre la sociedad y el individuo (Proust), la absurda y terrible relación que se establece entre el individuo y el poder (Kafka), los laberintos y paradojas del lenguaje y los meandros del inconsciente (Joyce) y, por fin, las tensas e imposibles relaciones entre el individuo y la historia (Mann). Al menos hasta mediados del siglo XX, y a pesar de todas las dificultades que he resumido antes, ciencia y literatura siguieron rutas paralelas, tan renovadoras y críticas en una como en otra disciplina.

3

Proust, Joyce y Kafka fueron los verdaderos responsables de la mayor revolución de la novela moderna con su -23- profundo cuestionamiento de los modelos narrativos precedentes. Sin que acaso él mismo hubiera podido imaginarlo, la invención lingüística de Joyce, además de a las infinitas versiones más o menos experimentales de discurso narrativo que van de Beckett al *nouveau roman*, también dio lugar a esas otras variedades de la literatura que son el estructuralismo y la deconstrucción, mientras que su exploración del monólogo interior, paralela a las investigaciones de Freud, sirvió de aliciente a casos tan paradójicos como Faulkner o el psicoanálisis lacaniano. Kafka, por su parte, fue el primero en articular una rica tradición que, mezclando las convenciones del relato fantástico con aquellas provenientes del discurso realista, trastocó por completo el modelo de realidad empleado hasta el momento.

Por si ello no bastara, gracias a Joyce y Kafka la idea de que el lenguaje refleja la realidad del mundo quedó finalmente desmentida, lo mismo que la mera posibilidad de describir adecuadamente la realidad que nos circunda. La glosolalia del *Finnegan's Wake* llevó a sus últimas consecuencias la riqueza y pluralidad del lenguaje hasta volverlo, por ello mismo, prácticamente incomunicable. Al mismo tiempo, las desventuras de los personajes de Kafka, a fuerza de adelantarse a una realidad imposible, contribuyeron a concebir verdaderos mundos paralelos que poco después serían copiados por las dictaduras que habrían de llenar la historia del siglo.

Thomas Mann por su parte, al aglutinar todos los conocimientos y recursos de su época, y al empeñarse en -24- reflejar la historia de su tiempo, se convirtió en el novelista emblemático de la primera mitad del siglo XX. Al condensar toda la tradición previa del arte de la novela en obras como *La montaña mágica* o *Doctor Faustus*, Thomas Mann no buscó experimentar, ni siquiera cuestionar su tradición, pero sí alterar la naturaleza del género hasta llevarlo a los límites del ensayo. En una época dominada por el conocimiento científico, tecnológico y cultural, Mann se esforzó en impedir que la novela se escapara de las grandes corrientes de pensamiento de nuestra época, manteniéndola en el centro mismo de las discusiones intelectuales de su momento.

Si el corto siglo XX, como lo llamó Howsbaum, se inició y terminó en Sarajevo, devolviéndonos a un mapa y a una situación geopolítica que hacen pensar que los ochenta años que median entre una fecha y otra no fueron más que un prolongado y trágico error, con la novela ha acontecido algo semejante. En materia novelística, el siglo XX va de Proust a Mann. Es decir, del enfrentamiento del individuo con la sociedad al enfrentamiento de la sociedad con el individuo.

4

Algunas de las mayores consecuencias de los descubrimientos científicos de principios del siglo XX tienen que ver con el fin de las verdades absolutas. Como demostraron la física cuántica y las matemáticas modernas, la ciencia dejó de representar el ideal de un conocimiento -25- absoluto para pasar a convertirse, simplemente, en la mejor aproximación a la realidad de que disponemos. La ausencia de una verdad absoluta -de un punto de vista unívoco- no significó, sin embargo, la imposibilidad de acercarse a ella.

De modo paralelo, a partir de mediados del siglo XX, en esa etapa de la literatura que Harold Bloom ha dado en llamar «irónica», las novelas ya nunca han podido considerarse como espejos de la realidad, como sistemas unívocos que hacen referencias a mundos reales, como maquinarias narrativas provistas de un solo centro y un solo punto de vista. Al centralismo decimonónico le ha seguido, necesariamente, la pulverización del estilo, de los puntos de vista y de la estructura. Sin embargo, luego de una fase de experimentación sin límites que, tras pasar por experiencias tan ricas como el Oulipo, el minimalismo o el *nouveau roman*, la novela ha terminado por regresar a un modelo que, si bien no deja de poner en duda la realidad -y, gracias a autores como Borges o Calvino, a jugar con las propias reglas internas del relato-, al menos formalmente ha terminado por regresar al discurso narrativo precedente.

Olvidándose de su naturaleza siempre perturbadora y crítica, a partir de la segunda mitad del siglo XX el arte de la novela ha encontrado su peor enemigo en ella misma: en la indiscriminada proliferación de novelas que no buscan otra cosa que prolongar los modelos anteriores, conformándose con servir como un mero vehículo de entretenimiento similar al cine o la televisión.

-26-

5

¿Qué se puede hacer después de Proust, Kafka, Joyce y Mann? La pregunta fue mejor formulada por Adorno, cuando se cuestionaba qué podía decirse después de Auschwitz. Por desgracia, la respuesta que ha dado la segunda mitad del siglo XX ha sido tan variada como banal. Como si se quisiera probar que después de Auschwitz queda mucho por decir, llevamos cincuenta años de una explosión de obras y autores, de corrientes y registros que se han multiplicado con la misma rapidez con la que han aumentado los consumidores. Entre éstas destacan, claro está, numerosas propuestas arriesgadas, numerosos desafíos honestos y valientes, numerosas tentativas de devolverle a la novela su valor. Porque, en contra de lo que suponía Adorno, lo que se perdió tras Auschwitz no fue la literatura, sino la importancia y la capacidad revulsiva que la literatura siempre ha tenido como uno de sus motores esenciales.

6

Una y otra vez, a lo largo de su dilatada historia, se ha hablado del inminente fin del género novelístico. Los agoreros de la catástrofe narrativa han ofrecido diversas causas para sustentar su escatología: unas veces han esgrimido argumentos políticos o sociales, otras motivos estéticos y, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo, razones tecnológicas. Las primeras, directamente involucradas con las tensiones de la primera mitad del siglo XX, han sido -27- suficientemente desmentidas como para considerarlas de nuevo. Por más que haya evolucionado la sociedad y el arte, la novela se ha mantenido, en contra de las opiniones de sus críticos, como un elemento vivo de la cultura humana; y su decadencia, precedida por cuestiones ideológicas, no ha sido más que una de tantas ilusiones frustradas del idealismo decimonónico. Independientemente de si se considera a la narrativa como un medio de expresión realista o como el espacio para la imaginación fantástica, no cabe duda de que millones de lectores avalan suficientemente su permanencia y sus posibilidades venideras.

7

Por su relativa novedad, quizás valga la pena considerar con más detenimiento las críticas de quienes consideran que la evolución de los medios electrónicos y audiovisuales es el mayor peligro que enfrenta la novela en nuestros días. Quienes piensan así caen en un error de principio que es necesario desmentir desde ahora. Sólo puede creerse que ésta desaparecerá debido al desarrollo de los medios audiovisuales si se asume de antemano que la novela no es un fin en sí mismo, sino apenas una escala en la evolución de la ficción narrativa. En este esquema, no habría más remedio que convenir en que la única función de la novela es la de satisfacer la necesidad de narrar historias y aceptar con resignación que, al menos en este papel, el cine y la televisión y las nuevas tecnologías son capaces de cumplir esta tarea con tan altas o incluso mejores credenciales que los -28- libros. En efecto, si lo único que uno quiere es ver y escuchar - es decir: revivir- una historia ajena, la novela no tiene mucho más que ofrecer. Es cierto que, a diferencia de lo que sucede con el espectador de una película, permite al lector una mayor libertad para imaginar y recrear situaciones y personajes, pero esta sola defensa no parece suficiente para asegurarle una larga vida. El argumento está equivocado de principio: la novela *no* es un paso intermedio que puede ser superado gracias a la tecnología y, por lo tanto, tampoco resiente su competencia; por el contrario, la novela posee el mayor grado de perfeccionamiento posible dentro de su propio ámbito. Es una de las mejores y más cuidadosas invenciones humanas.

8

La pregunta crucial es, entonces: ¿cuál es la característica esencial de la novela que la distingue de cualquier otro medio? ¿Qué la hace tan particular y asegura, por tanto, su supervivencia? Para responder a estas interrogantes, quizás haya que deslindar algunas de las funciones que cumple la novela. Nadie pone en duda que su origen épico subyace en la necesidad de contar historias que, gracias a la imaginación de sus autores, entraban en el terreno de la ficción. Gracias a ellas, los seres humanos fueron capaces de conocer directamente el pensamiento de otros seres humanos, de vivir existencias ajenas, de interpretar la realidad con distintas perspectivas. Además, la novela se volvió una fuente de entretenimiento: una forma de llenar las -29- horas y de escapar, por unos instantes, de la monotonía o el horror del mundo. Y Cervantes, por su parte, le incorporó un elemento indispensable: no sólo el humor, ya presente en las narraciones anteriores, sino la capacidad de criticar y cuestionar no sólo el sentido de la realidad, sino el de la propia literatura. De este modo, la novela cumple con tres cometidos básicos: intercambiar historias, divertir y provocar la reflexión.

9

Los críticos de la novela se han dado cuenta de que cada una de estas funciones básicas, sin embargo, puede ser realizada de otras formas. La posibilidad de conocer y revivir historias ajenas es llevada a la práctica con idénticos resultados por medio del cine y la televisión; el entretenimiento lo logran estos medios en igual medida, lo mismo que los deportes, los juegos y, desde luego, internet; por último, la capacidad de analizar y conocer a fondo diversos temas se produce naturalmente en el campo de la investigación científica, de la academia y del periodismo. De hecho, resulta que el cine es mucho mejor que la novela para resucitar historias; los videojuegos y la televisión divierten mucho más que la narración más amena, y la ciencia, la filosofía o la psicología resultan siempre mucho más profundas que la más sesuda de las novelas de ideas a la hora de describir y analizar un momento histórico, el destino de la humanidad o el carácter de una persona. Si es así, ¿para qué sirve la novela actualmente?

-30-

10

Lo cierto es que la novela no necesita defensa alguna. Pese a la furia de sus detractores, está ahí, presente, y en realidad nadie en su sano juicio puede afirmar que está en vías de extinción. Por ello, lo único que vale la pena es resaltar sus virtudes, las claves que han mantenido vigente el arte de la novela como una de las creaciones esenciales del último milenio. Y éstas radican, justamente, en la libertad de acción que permite y que la hace única y, por tanto, irremplazable. Al igual que el cine, la televisión y los demás medios electrónicos, la novela tiene la capacidad de contar historias, de modelar personajes, de divertir y de entretener. Así ha sido desde siempre y así continuará siendo. No hay nada de malo en ello. Sólo que, si sólo nos atuviésemos a esta condición, no cabe duda de que la novela pronto terminaría por ser desplazada por los otros medios o, peor aún, se banalizaría tanto como ellos. De hecho, esto es lo que

ocurre con los llamados *best-sellers*, cuya única intención es la de competir, en este nivel, con sus parientes tecnológicos. Pero resulta que la novela, además, posee una característica propia que le permite algo que ni las películas ni los programas multimedia pueden tener: un espacio natural para la reflexión, para la crítica, para la investigación.

De Cervantes a Joyce y de Rabelais a Mann, la novela también es -como la ciencia- un vehículo de conocimiento. Una forma de explorar el mundo y, en especial, a nosotros mismos. Debido a que utiliza historias y las convierte -31- en ficción y a que puede atrapar al lector desde el inicio y llevarlo por el largo viaje de sus páginas, la novela tiene el poder, asimismo, de cuestionar la realidad, de variarla y transformarla. Los medios electrónicos, debido a su mayor interés por las imágenes, nunca serán capaces de proponer una reflexión suficientemente densa sobre los problemas que trata; la ciencia y la filosofía, por su parte, están demasiado constreñidas a su rigor técnico como para permitirse imaginar o jugar con sus posibles conclusiones. La novela, como género, es la única que puede combinar adecuadamente estos principios y llevarlos a sus últimas consecuencias. Nada la supera en este sentido. Y por ello, siempre y cuando se mantenga fiel a su naturaleza múltiple, nada permite adivinar su fin.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo